

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## Lo que el Reloj le dijo a Dolly

Dolly Hoyuelo se sentó en una alfombra junto al fuego del vestíbulo, pensando. Dudo que hayas visto alguna vez un gran vestíbulo antiguo como aquel en el que estaba sentada Dolly, porque esos vestíbulos ya no se construyen hoy en día. Formaba parte de una gran casa laberíntica que tenía más de cien años. Dolly Hoyuelo había nacido allí y la madre y la abuela de Dolly Hoyuelo habían vivido allí durante mucho tiempo. Habían dejado su hogar al otro lado del agua y llegaron aquí cuando la madre de Dolly era una niña pequeña. Dolly estaba segura de que nunca había habido otra casa así, y este vestíbulo era su deleite especial. Era cuadrado y tenía un piso de roble brillante, medio cubierto con peludas alfombras. Las paredes estaban hechas de la misma madera oscura, y al final estaba la chimenea abierta de cerezo, donde los leños cubiertos de musgo rugían y crujían durante todo el invierno, iluminando los rincones oscuros y contando maravillosas historias del verano y sus vidas en el bosque. Cerca había una amplia escalera, en el primer descanso de la cual se encontraba un reloj, y Dolly Hoyuelo estaba pensando muy profundamente en este reloj esa maravillosa noche. Era un reloj muy alto, más alto que el papá de Dolly, y tenía una larga puerta de vidrio a través de la cual podían verse las pesas y el péndulo, que ahora nunca se movía. Encima de esto estaba el rostro redondo y afable

que Dolly estaba completamente segura de que se veía muy diferente en diferentes momentos; cuando se portaba bien, le sonreía con dulzura, pero cuando se enfadaba —y lamento decir que Dolly se enfadaba a veces— ¡la miraba con tanta tristeza! También podía compadecerse; porque Dolly dijo que cuando estaba en problemas había visto las lágrimas correr por la esfera del viejo reloj; pero dado que ella misma estaba mirando a través de una niebla de lágrimas en esos momentos, no me puedo decir que esto realmente sea cierto. Pero lo más extraño de todo acerca de este reloj es que sonaba. Ahora, quizás todos ustedes, pequeños sabios, no piensen que es algo muy extraño que un reloj dé la hora; pero cuando te digo que este reloj lo hacía a pesar de que sus ruedas no se habían movido durante muchos años, ¡eso seguramente te dejará asombrado! Y luego sonaría en los momentos más extraños. ¡Nadie sabía nunca cuándo sonaba, y se sabía que había sonado hasta diecisiete! Dolly no podía entenderlo en absoluto, y como nadie se lo explicaba, la había desconcertado mucho. Esa noche estaba más desconcertada que nunca; porque al amanecer el muelle había dado las cinco, y ¿cómo podía saber el reloj que era su quinto cumpleaños? Se acurrucó en la suave alfombra pensando en ello, hasta que empezó a adormecerse. El crujido de la madera sonaba cada vez más lejos; el chirrido estridente del grillo que vivía al fondo de la chimenea se hacía cada vez más débil. De repente, una voz —una voz muy quebrada— rompió el silencio.

—¡Dolly! ¡Dolly Hoyuelo! —decía. Dolly se levantó de un salto con tanta rapidez que el grillo, asustado, saltó hacia atrás y casi cae dentro del fuego. ¿De dónde había venido la voz? Dolly miró atentamente por el salón hasta que sus ojos se posaron en el viejo reloj, y se sorprendió al ver que una nueva mirada se había instalado sobre su esfera, una mirada que le dijo a Dolly que era el reloj el que había hablado. Y, ¡por supuesto! Mientras lo miraba, habló de nuevo.

—¿Te gustaría escuchar una historia, Dolly? —preguntó. Ahora bien, nada le gustaba más a Dolly que las historias; y olvidando su sorpresa, en su afán por escuchar lo que el reloj tuviera que decir, respondió rápidamente:



—Sí, efectivamente, Reloj. ¿Puedes contarme una?

—Puedo hacerlo —dijo el Reloj—. Te contaré la historia de mi vida.

Dolly estaba segura de que ahora el misterio estaba por develarse, y se acurrucó más cómodamente para escuchar; el atareado grillo

se enderezó la gorra y cruzó las manos para mostrar su profunda atención; el fuego emitió un resplandor más cálido, y el reloj comenzó:

—Quizás, Dolly Hoyuelo, comprenderás mejor lo maravilloso que soy si te digo que una vez no había ni un reloj sobre la faz de la tierra.

—¡Por qué! ¡Qué es...! —comenzó el grillo, y luego se detuvo; pero era evidente que no creía ni una palabra.

—¡Sin relojes! —exclamó Dolly—, ¿cómo sabían las niñas cuándo era la hora de la escuela, la hora de la cena o... o cualquier otra cosa?

—Tenían otras formas de saber la hora —respondió el reloj—. Una de las primeras cosas con las que midieron el tiempo fue un palo, ¡un palo recto!

—¡Un palo! —exclamó Dolly.

—¡Un palo recto! —murmuró el grillo—. Sabía que ese reloj estaba loco.

—Me educaron para pensar que era descortés interrumpir —dijo el reloj.

—Por supuesto que lo es —dijo Dolly— no diremos una palabra más, ¿verdad, Grillo?

—¡Pero un palo! —gimió el grillo, sacudiendo la cabeza.

—Sí —dijo el Reloj—. ¡Pruébalo tú mismo! Sal a la calle la próxima mañana soleada y planta un palito en el suelo. Si es temprano, la sombra será mucho más larga que el palo mismo, y parecerá como si se escondiera del sol; a medida que se acerca el mediodía, verás que la sombra sube y sube, hasta que justo al mediodía, el palo parece tragársela; y luego, cuando el sol avanza hacia el oeste, la sombra se asoma y se arrastra por el otro lado del palo hasta la noche, cuando la sombra y el palo son tragados por la oscuridad. Ahora, ¿no ves cómo puedes saber la hora por el palo y su sombra? Y fue esto lo que hizo que alguien pensara en un reloj de sol.

—Un reloj de sol —prorrumpió el grillo, que no podía quedarse quieto—. ¿Qué es eso?

—Parece una mesa de muñecas con una pequeña pieza de metal de pie en el centro; y en la parte superior de la mesa está marcada la longitud de la sombra que proyecta esta pieza de metal en diferentes horas del día.

—¿Era ese el único reloj que tenían? —preguntó Dolly.

—Si tu gata hubiera vivido en esos días, la habrían usado como reloj —dijo el reloj.

Evidentemente, el grillo pensó que esta era una historia demasiado tonta para ser escuchada, e incluso Dolly pareció sorprendida; pero el reloj sabía de qué estaba hablando y siguió adelante—. Si miras los ojos de Kitty cuando se despierta por la mañana, verás que el lugar oscuro en el medio del ojo es muy grande y redondo, pero pronto notarás que se está estrechando, hasta que al mediodía es tan fino como un cabello; y luego crecerá lentamente de nuevo, hasta que, cuando llegue la noche, será tan grande y redondo como lo fue en la mañana.

—¡Qué molestia debe haber sido decir la hora de esta manera! —dijo Dolly.

—Sí, yo creo lo mismo —respondió el Reloj—, y la gente comenzó a pensar que debería tener algo mejor de lo que depender. Entonces, hace unos quinientos años, alguien inventó un reloj, no uno grande y hermoso como yo, sino un artefacto muy simple que no tenía péndulo y no sonaba.

—¡Pobrecito! —suspiró Dolly.

—Es mejor no sonar en absoluto que sonar como lo hacen algunos relojes —observó el grillo con bastante desprecio.

—Pero era un reloj, y se consideraba una cosa muy maravillosa en esos días —continuó el reloj—; y la gente debe haber estado bastante satisfecha, porque no agregaron un péndulo durante varios cientos de años.

—¿Eres muy viejo? —preguntó Dolly.

—Sí, soy muy, muy viejo. Han pasado más de cien años desde que mis manos comenzaron a moverse. ¡Ah! Ese fue un día de gran orgullo para mi creador. Cada pequeña y brillante rueda era tan perfecta como podía serlo, y en mi caso, era un espectáculo hermoso. El día que terminó, el pequeño relojero era el hombre más feliz del mundo. Me examinó en cada parte con el mayor cuidado, y mi perfección lo deleitó. Entonces tomó una llave grande y me dio cuerda. Me levanté, toqué mi péndulo, y con un 'tic-tac, tic-tac', comencé la obra de mi vida. Sin embargo, el pequeño relojero no tuvo mucho tiempo para admirarme, porque muy pronto una anciana me compró, y me llevaron a través del agua azul ondulante y me colocaron en este salón. Estoy agotado e inútil ahora, pero entonces era de la mayor importancia. No hacía nada sin consultarme. Siempre, constantemente, muchísimos niños de ojos brillantes han subido y bajado corriendo las escaleras y se han acurrucado junto al fuego, tal como lo estás haciendo tú. Los he amado a todos y he tratado de mostrarles que solo manteniendo nuestras manos ocupadas trabajando para los demás, y haciendo lo correcto, podemos ser felices y hacer que nuestros amigos nos amen. Es posible que hayan pensado que todo lo que dije fue 'tic-tac, tic-tac', pero

en realidad siempre he dicho, tan claramente como podía hacerlo: 'Haz lo correcto, haz lo correcto'.

—¡Querido viejo reloj! —murmuró Dolly; y hasta el grillo volvió la cabeza y se secó una lágrima.

—Antes de que me detenga —dijo el reloj— debo hablar de una cosa que otros, además de ustedes han notado — y el reloj miró al grillo, que parecía querer hundirse en el suelo—. Debes saber que hace mucho tiempo mis manos se negaron a moverse un minuto más. Fue un día muy triste para mí, y a veces mis sentimientos me superan, incluso ahora, cuando pienso en el pasado. En esos momentos, es un gran alivio para mí sonar.

—Tú, querido y viejo reloj—gritó Dolly— darás las campanadas tantas veces como quieras, y si el grillo alguna vez se atreve..."

—¡Dolly! ¡Dolly Hoyuelo! —Harry estaba llamando.

Dolly se incorporó y se frotó los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Eso es lo que me gustaría saber! ¡Por qué, la sola idea de una niña pequeña con un cumpleaños durmiendo como si fuera cualquier otro día!

—¡Durmiendo! No he pegado un ojo. Vaya, el reloj ha estado hablando, y el grillo, y...

—¡Me imagino! Como si fuera a creer eso, cuando hace un rato derribé el atizador, la pala y las tenazas, y ni siquiera abriste un ojo.

Dolly miró el viejo reloj, pero no dijo ni una palabra. El rostro ancho y afable resplandecía sobre ella, como siempre, pero a ella le pareció que tenía una expresión sabia que decía, con la misma claridad que otras tantas

palabras: "Cállate; los muchachos no son ni la mitad de sabios de lo que creen. Dolly, no le hagas caso, pero recuerda todo lo que te he dicho y trata de aprender algo todos los días, de todos. Alégrate de tener relojes que te indiquen la hora y te recuerden que debes mantener tus manos ocupadas y hacer lo correcto, hacerlo bien".

—¡Dolly! ¡Dolly! ¿Por qué sigues mirando ese viejo reloj? ¡Me da la impresión de que todavía estás medio dormida!

Dolly se frotó los ojos y miró fijamente a su hermano, que reía, y luego de nuevo al reloj, ahora en silencio. Se alegró de que le hubieran advertido que se callara, porque ya no tenía ganas de contar toda la historia; pero cuando creció, solía contar a los niños pequeños "Lo que le dijo el Reloj a Dolly".